

Eugenio d'Ors

Ha fallecido el gran pensador Eugenio d'Ors, que tuvo siempre por la arquitectura una singular predilección. Como homenaje a sus tareas y expresando a su hijo Víctor nuestro sincero pésame, publicamos este escrito del arquitecto Luis Moya, aparecido en el diario *A B C*.

En 1925—si la memoria es fiel—se publicó, a lo largo de varios números de *A B C*, un asombroso y brevísimo tratado de Arquitectura titulado *Cúpula y Monarquía*, obra de este maestro Eugenio d'Ors, por cuya alma rezamos hoy.

Aunque breve, un verdadero tratado: “Nosotros no ocultamos nuestra predilección por el espíritu constructivo, en lucha siempre contra lo amorfo”, decía el autor en su prólogo a la reciente edición, en libro, de esta obra. Que no era vulgarización, sino grave exposición de la esencia de este Arte, aunque expuesta con sin igual donosura. El gusto y los gustos, la política, la novedad, el principio de la evolución, eran, con otros muchos, los personajes de la obra; pero, al fin, “únicamente lo eterno ennoblece”. Era obra útil, de aplicación inmediata, con sistemas de actuación de la teoría sobre arquitecturas y formas sociales y concretas y determinadas, y con ejemplos prácticos. Si la Arquitectura, arte inexistente, por imposible, en el mundo actual, vuelve a ser, deberá mucho de su renacimiento a esta obra, y a las que la siguieron, sea bajo títulos paladinos, como *Teoría de los Estilos*, *Andrea Palladio*, *Juan de Villanueva*, etcétera, sea incluso en trabajos sobre la ciencia de las Formas, el Arte Mural, el Arte Sacro, la Estética de las Máquinas y, sobre todo, en la gran obra sobre *Lo Barroco*. Sus trabajos de temas matemáticos y logísticos—las geometrías, euclídeas o no—, su preocupación por una “geometría sensible”, y otros muy variados asuntos, le solían llevar, después de un rodeo más o menos largo, a

través de los glosarios—principalmente—, al tema central de la esencia de la Arquitectura.

Este magisterio de la pluma lo completó, con la palabra y la acción, en la Escuela Social, en las Reales Academias de San Fernando y de la Lengua, en la Jefatura de Bellas Artes durante nuestra Cruzada, en la organización de exposiciones. Como fué la importantísima de Arte Sacro, de Vitoria, en plena guerra de Liberación, renovada en la última de las suyas, la XI del Salón de los Once, en la primavera pasada, y que él presentó como última suya y de la Academia Breve, otra de sus creaciones. Pero no pesaba este presentimiento sobre el juvenil empuje con que inició lecciones y seminarios en la nueva cátedra de Ciencia de la Cultura, de la Universidad de Madrid. Tales fueron estos principios, que sus discípulos lo recordaremos como joven entusiástico y hasta atrevido, como el que decía en su soneto “A la Arquitectura”:

Ceda el sentir y se divierta un poco,
En la gracia, ilegal y transitoria,
Del pulular donoso de la historia.
Y el pingüe caracol de lo barroco.

Pero siempre su juego giraba alrededor de un centro más alto. Así, en su último discurso académico, en la de San Fernando, en contestación al de ingreso de un arquitecto: “Cuando el juego cesa, ya no se puede hablar, a gusto académico, de los dioses, sino, a estilo cristiano, de Dios.”

